

DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL CABALLERO MEDIEVAL

José Manuel Lucía Megías

Ortega y Gasset, a principios del siglo xx, se queja de la poca atención que la crítica cervantina presta al tema de la parodia de los libros de caballerías en el *Quijote*.¹

El propio Cervantes nos hace ver que ésta es la finalidad de su libro, y nos lo recuerda por ejemplo al final de la Segunda Parte:

No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.²

Realmente así debieron entenderlo los lectores de la Primera Parte. Podríamos aducir numerosos testimonios, como presenta Martín de Riquer,³ que nos muestren cómo los lectores de 1605 rieron a carcajadas leyendo las aventuras de nuestro manchego y «celebraron a Cervantes como un autor gracioso y divertido»; pero en este caso bien nos puede valer el testimonio del autor del *Quijote* de Avellaneda, que es un perfecto archilector de la Primera Parte. En el prólogo a su pretendido *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* escribe:

Pero quéxese [se refiere a Cervantes] de mi trabajo por la ganancia que le quito de la Segunda Parte; pues no podrá, por lo menos, dexar de confessar que

1. *Meditaciones del Quijote* (1914), Madrid, Cátedra, 1980.

2. Cito por la edición de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1985³, p. 1.139. A partir de ahora, la página a la que remite la cita en esta edición irá entre paréntesis al final del texto, especificando la parte, el capítulo y la página a la que corresponde.

Esta alusión a la finalidad del libro en las últimas palabras de la Segunda Parte también podríamos entenderla como un intento de Cervantes para dar unidad a las dos partes de su obra; unidad que realmente no posee, ya que la Primera Parte podemos entenderla como una parodia de los libros de caballerías, mientras que la Segunda no es más que una parodia de la propia Primera Parte del *Quijote*.

3. «Cervantes y la caballerescas», en J.B. Avallé-Arce y C.L. Riley (ed.), *Suma Cervantina*, Londres, Tamesis, 1973, p. 287. También se puede consultar A. Bonilla San Martín, «¿Qué pensaron de Cervantes sus contemporáneos?», en *Cervantes y su obra*, Madrid, 1916.

tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de cavallerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa.⁴

A lo largo de los siglos, el *Quijote* se ha enriquecido gracias a las múltiples lecturas que de él se han hecho, pero a costa de sacrificar su primera naturaleza. Es evidente que el lector del siglo xx no se enfrenta a la obra como el del siglo xvii, ya que le falta el segundo término de la comparación: los libros de caballerías. Una de las funciones del crítico, a mi modo de ver, es la de recuperar el *Quijote* en su forma original, mostrando claramente ese segundo término de la comparación.

La relación de la obra de Cervantes con los libros de caballerías no sólo es de parodia, sino también de dependencia. Intento en este trabajo acercarme a los elementos caballerescos que se parodian y también a los que se mantienen en la figura de nuestro don Quijote.

Para comparar el ideal caballeresco representado por don Quijote con el medieval, voy a utilizar un opúsculo de Ramón Llull, *El libro de la orden de caballería*, de 1275 o 1276. He elegido este texto por dos razones:

1. Por su naturaleza didáctica. Está dividido en siete partes y, en cada una de ellas, los preceptos caballerescos se estructuran en epígrafes. Ramón Llull intentó que este libro fuera «las letras» y «la escuela» de la «ciencia» de la orden de caballería.

2. Porque fue conocido por Cervantes, bien directamente, ya que alcanzó una enorme difusión en toda la Edad Media y en el Renacimiento, o bien por medio del *Tirant lo Blanc*, en donde se inserta entre los capítulos 27 y 37.

Esta comparación tendrá en cuenta únicamente tres aspectos:

1. Características propias del caballero.
2. Las armas del caballero.
3. El rito de investidura.

1. Características propias del caballero

Ramón Llull, en la II Parte de su libro («La cual habla de la Orden de Caballería y del oficio que es propio al caballero»), explica en diferentes epígrafes las características propias del caballero: amable, sabio, leal, de noble espíritu, fuerte, con una instrucción apropiada a su alto oficio y de buena crianza, entendida como de origen noble.

De todas estas características, en la figura de don Quijote, sólo se van a parodiar las que podríamos denominar como no-espirituales: la fuerza, la instrucción apropiada y la buena crianza.

4. Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha* (ed. de Martín de Riquer), t. I, Madrid Espasa-Calpe, 1972, p. 9.

1.1. *La fuerza*

Ramón Llull escribe:⁵ «Y al caballero le conviene hablar bellamente y llevar bello arnés y tener casa grande» (VI, 20, p. 85).

A los caballeros andantes se les caracteriza por su fuerza,⁶ juventud y belleza.

Don Quijote es descrito en la I Parte como la antítesis de este caballero joven, fuerte y hermoso:

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro [I, 1, p. 33].

1.2. *Instrucción apropiada*

En el *Libro de la Orden de Caballería* se puede leer:

[...] así quien quiere ser caballero conviene que tenga maestro que sea caballero; pues tan inconveniente cosa es que escudero aprenda la orden de caballería de otro hombre que no sea caballero, como lo sería si el carpintero enseñase oficio al hombre que quiere ser zapatero [I, 12, p. 25].

A Amadís de Gaula le educa, primero, un caballero escocés, Gandales, y, después, la propia reina, mujer del rey Langines. Recibe una educación de príncipe, aunque hasta que no es armado caballero no descubre la identidad de su linaje.

A Tirant lo Blanc lo introduce en la ciencia de la caballería un ermitaño (el propio Ramón Llull), que se ha retirado del mundo después de alcanzar grandísima honra como caballero.

En cambio, los maestros de don Quijote van a ser los propios libros de caballerías, y en ellos va a aprender lo que para él va a ser el oficio de caballero andante.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles [I, 1, p. 35].⁷

1.3. *Buena crianza*

Tan noble es oficio de caballero que cada caballero debiera ser señor y regidor de alguna tierra [II, 6, p. 31]; Oficio de caballero es tener castillo y caballo [...], villas y ciudades [II, 22, p. 38].

5. Para citar el texto de Ramón Llull utilizo la edición de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Alianza, 1986. En paréntesis, al final del texto, aparece el capítulo, el epígrafe y la página a la que remite el texto.

6. Tirant lo Blanc es el único protagonista caballeresco que afirma que «en las guerras más vale ardid que fuerza». El elemento de la táctica militar es ajeno al universo de los libros de caballerías. En el *Amadís*, el único personaje que lo utiliza es Aracalaus el Encantador. Tampoco don Quijote piensa en la táctica militar cuando se enfrenta a sus aventuras.

7. En relación a este tema, vemos que el intento de imitar las hazañas de los caballeros de los libros de caballerías más que intentar resucitar la propia Orden de Caballería, produce un desenfoque en don Quijote frente a la finalidad de sus aventuras. Como los caballeros literarios han conseguido fama con sus aventuras, don Quijote también desea desde un principio obtener esta honra y esta fama. Desde su origen, don Quijote es un personaje literario, un héroe de papel.

En estas dos citas del libro Iuliano vemos que una de las características propias del caballero es su alta posición social. Y así los caballeros protagonistas de los libros de caballerías pertenecen a la realeza o a la alta aristocracia: Lanzarote es hijo del rey Bau; Amadís es hijo del Rey Perión y de Elisena, hija del rey Garínter; Tirant lo Blanc, del señor de la marca de Tirania y de Blanca, hija del duque de Bretaña.

Nuestro don Quijote, en cambio, pertenece a una clase social que aumenta en estos años: los hidalgos pobres.

Hasta la II Parte del *Quijote* no se dirá expresamente que sea pobre; pero en la I Parte se nos muestra su pobreza por medio de la comida:

Una olla de más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda [I, 1, pp. 32-33];

o cuando se nos dice que necesita vender «muchas hanegas de tierra de sembradura» para comprar libros de caballerías.

Es en la II Parte cuando su sobrina explica que no puede ser caballero porque es pobre:

[...] que es caballero, no lo siendo, porque, aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres [II, 6, p. 620].

Afirmación ésta, que nos sorprende, ya que muestra unos profundos conocimientos de la orden de caballería que la sobrina no tiene por qué tener.

Cervantes posee la maestría de presentarnos a su protagonista desde la primera aparición como una antítesis física del caballero andante: viejo, flaco, sin una buena instrucción y pobre. Pero, ¿es de verdad don Quijote un caballero andante? Lo es, precisamente, porque posee las siete virtudes que todo caballero debe conocer:

Todo caballero debe conocer las siete buenas virtudes que son raíz y principio de todas las buenas costumbres, y son sendas y camino de la celestial gloria perdurable; de las cuales siete virtudes son las tres teologales y las cuatro cardinales. Las teologales son fe, esperanza, caridad. Las cardinales son justicia, prudencia, fortaleza y templanza [VI, 2, p. 75].

Y, además, carece de las costumbres negativas que no debe poseer un caballero:

Escudero orgulloso, maleducado, sucio en sus palabras, avaro, mentiroso, desleal, perezoso, iracundo y lujurioso, borracho, glotón, perjuro o que tenga otros vicios semejantes a éstos, no se conviene con la orden de caballería [III, 20, p. 53].

Pero, si nos damos cuenta, algunas de estas costumbres negativas sí que aparecen en la obra en el personaje de Sancho Panza. Frente a su amo, él es maleducado, sucio en sus palabras y sus vestidos, avaro (o más bien codicioso), mentiroso, perezoso, borracho, glotón... Tenemos, por tanto, que ambas caracterizaciones del buen y mal caballero conviven admirablemente en el *Quijote*.

El único aspecto en la personalidad de don Quijote que parece alejarle irremediablemente de la Orden de Caballería es su locura. Don Quijote enloquece por los libros de caballerías, y, como aquel otro loco que cree ver en el teatro vacío la representación de una obra, piensa «que no hay otra historia más cierta en el mundo que aquellas sonadas soñadas invenciones que leía» (I, 1, p. 35).

De este modo se pronuncia Ramón Llull:

Caballería y valor no se avienen sin sabiduría y cordura; pues si lo hiciera, locura e ignorancia convendrían con la Orden de Caballería [II, 18, p. 36].

La razón es, por tanto, uno de los elementos propios del caballero, que utiliza para discernir entre el bien y el mal. De esta manera Llull explica en qué consiste la locura que un caballero debe evitar:

[...] si el caballero abandona su discreción y su entendimiento, que la razón le significa y demuestra, y expulsa de su corazón la nobleza, y sigue agüeros y adivinaciones, entonces es como el hombre loco que no usa de razón y hace porque sí lo que hace [VI, 18, p. 84].

Pero la locura de don Quijote no es la locura de los «agüeros y adivinaciones», ni la del hombre que ha abandonado «su discreción y su entendimiento». La locura de don Quijote radica en pensar que son reales, las aventuras soñadas en los libros de caballerías. Por tanto, esta locura que caracteriza a nuestro personaje no existe en el mundo que él ha creado a imagen y semejanza de aquél de los libros de caballerías. Es desde nuestra perspectiva, desde un punto de vista que podría caracterizar a Sancho, y que no es más que el del autor, desde donde afirmamos que don Quijote está loco. Loco por pensar que son históricos los libros de caballerías,⁸ no por dejar de ser razonable. Don Quijote que, por su atuendo, presencia y hablar arcaico, parece un loco y un mentecato, sorprende después por la agudeza de su entendimiento. Por ejemplo, nada más conocerle, el Caballero del Verde Gabán piensa que don Quijote es un mentecato porque defiende la veracidad de los libros de caballerías; pero, al final, después que don Quijote razona sobre los hijos y la poesía, defendiendo la vocación de poeta del hijo del Caballero del Verde Gabán, éste cambia rotundamente de opinión:

Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto que fue perdiendo la opinión que con él tenía de ser mentecato [II, 16, p. 696].

Don Quijote no ha abandonado «sabiduría» y «cordura», aviniéndose a «locura» e «ignorancia», ni deja de ser un hombre razonable. Simplemente, su razón no coincide con la razón de su época.

8. Existen numerosos testimonios, tanto literarios como reales, de personas que creen que es verdad lo que leen en los libros de caballerías. Para estas personas, como muestra de su propia insensatez, nace la parodia del *Quijote*. Para las diversas anécdotas, véase M. Menéndez Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, t. I, Madrid, p. 350; y Henry Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, Madrid, 1952, p. 62.

2. Las armas del caballero

Ramón Llull dedica la V Parte de su libro a hablar del significado de las armas del caballero. Las armas del caballero andante son un símbolo de su personalidad. Amadís de Gaula, por ejemplo, cuando cambia de «personalidad» no sólo cambia de nombre (Doncel del Mar, Amadís de Gaula, Belte-nebros, Caballero de las Sierpes, Caballero de la Verde Espada, Caballero Griego), sino también de armadura. El tipo de arnés del caballero nos habla directamente sobre su persona.

El significado de las armas que utiliza don Quijote, según Llull, es el siguiente:

1. Espada: «Al caballero se le da espada, que está hecha a semejanza de la cruz, para significar que así como Nuestro Señor Jesucristo venció en la cruz a la muerte [...], así el caballero debe vencer y destruir a los enemigos de la cruz con la espada» (V, 2, p. 65).

2. Lanza: «Lanza se le da al caballero para significar la verdad, pues verdad es cosa recta y no se tuerce, y verdad va delante de falsedad [...], y la verdad es el apoyo de la esperanza, y así como las demás cosas relativas a la verdad que significa la lanza del caballero» (V, 3, p. 66).

3. Yelmo: «El yelmo se le da al caballero para significar la vergüenza, pues caballero sin vergüenza no puede ser obediente a la orden de caballería [...]. Y así como el yelmo defiende la cabeza, así la vergüenza defiende al caballero [...] para que no se incline a viles acciones y la nobleza de su corazón no se rebaje a maldad ni a engaño ni a ninguna otra mala costumbre» (V, 4, p. 66).

4. Loriga: «Loriga significa castillo y muralla contra vicios y faltas, pues así como castillo y muralla están cerrados alrededor para que nadie pueda entrar en ellos, así loriga está por todas partes cerrada y ajustada para que signifique que el noble corazón del caballero, en el que no puede entrar traición, ni orgullo, ni deslealtad, ni ningún otro vicio» (V, 5, p. 66).

5. Espuelas: «Espuelas se le dan al caballero para significar la diligencia, la experiencia y el celo con que pueda tener honrada la orden» (IV, 7, p. 67).

6. Escudo: «Escudo se le da al caballero para significar oficio de caballero, pues así como el escudo lo pone el caballero entre sí y su enemigo, así el caballero está en medio entre el rey y su pueblo» (V, 11, p. 68).

7. Caballo: «El caballo se le da al caballero en significación de la nobleza de corazón, y para que a caballo esté más alto que cualquier otro hombre, y sea visto de lejos, y tenga más cosas debajo de sí, y antes que nadie cumpla con todo lo que conviene al honor de caballería» (V, 13, p. 69).

No se trata de ver qué elementos simbólicos parodia Cervantes, porque ésta no es su intención. La armadura del caballero es entendida como otro elemento exterior, ritual del caballero, y como la fuerza, la instrucción apropiada y la buena crianza, será parodiada en el *Quijote*.

Cuando don Quijote decide ser caballero andante lo primero que hace es buscar su arnés:

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, formadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón (I, 1, pp. 36-37).

Estas armas debían corresponder a finales del siglo xv, a la época de los Reyes Católicos. Sin duda, son el arnés apropiado para las características físicas de don Quijote. Además, don Quijote se encuentra con que la celada es de morrión simple, o sea, sólo cubre la parte superior de la cabeza. Para solucionar este problema fabrica con cartones y unas barras de hierro una media celada que le proteja de posibles cuchilladas. Después, busca una cabalgadura. Según Llull, el animal que mejor puede servir al caballero es el caballo:

Se buscó entre todas las bestias la más bella, la más veloz y capaz de soportar mayor trabajo, la más conveniente para servir al hombre. Y como el caballo es el animal más noble y más conveniente para servir al hombre, por eso fue escogido el caballo entre todos los animales [...] (I, 3, pp. 21-22).

La cabalgadura de don Quijote será su rocín, Rocinante:

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *Tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban (I, 1, p. 37).

Don Quijote, cuando hace su primera salida en la madrugada de uno de los «días calurosos del mes de julio», no puede presentar una imagen más grotesca. Vestido de esta manera no nos pueden sorprender las reacciones de las personas con las que se encuentra: el labrador que deja de pegar al criado cuando don Quijote blande la lanza sobre su rostro, o las mozas de la venta «destas que llaman del partido» que huyen asustadas al verle.

Pero esta caracterización grotesca de don Quijote, con su armadura, su adarga y su lanza, sólo funciona realmente hasta el final de la primera salida. Después de recibir una paliza por parte de algunos mercaderes de Toledo, un labrador, convecino suyo, le encuentra en el suelo, le quita la visera, que ya está totalmente destrozada, le limpia el rostro, y, cuando lo reconoce, le dice:

—Señor Quijana, [...] ¿quién ha puesto a su merced desta suerte? (I, 1, p. 65),

sin hacer ningún comentario a la extraña forma en la que va vestido. Además, después, para ver si tiene alguna herida, le quita el peto y espaldar, recoge todas sus armas y, subido en su jumento, se lo lleva al pueblo.

A partir de este momento, la presencia física de don Quijote viene a ser un elemento narrativo, que, unido a sus propios razonamientos, hace pensar que se trata de un loco, como sucede ya en la aventura de los mercaderes toledanos. Su sola presencia, su arcaísmo, no van a condicionar —aunque vienen a ratificar la «locura» de sus palabras— la reacción de las personas con las que se encuentra.

3. *El rito de investidura*

El rito de investidura es uno de los elementos narrativos más importantes de los libros de caballerías. Por medio de él, el protagonista pasa de ser un prometedor escudero a ser el mejor caballero del mundo. Es un rito iniciático.

Ramón Llull establece en la III parte de su libro («Que especifica el examen que debe ser hecho al escudero cuando quiere entrar en Orden de Caballería») cinco requisitos para que un escudero pueda ser armado caballero:

1. «Para examinar escudero conviene que el examinador sea caballero amante de la Orden de Caballería» (III, 1, p. 47).

Amadís de Gaula se hace armar caballero por su padre, el rey Perión de Gaula, que hasta el momento ha sido considerado el mejor caballero del mundo.

El socarrón ventero que arma caballero a don Quijote se describe a sí mismo como un caballero que se ha retirado a su «castillo» después de honrar su oficio en sus años de juventud. Pero su oficio no es la Orden de Caballería sino la picaresca:

Había ejercitado la ligereza de sus pies, la sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viandas, deshaciendo alguna doncella y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España [I, 3, p. 49].

2. «Edad conveniente le es necesaria al nuevo caballero [...], pues si el escudero es viejo y hay debilidad en su cuerpo y quiere ser caballero, antes de llegar a viejo hizo injuria a caballería, que es mantenida por fuertes combatientes y es envilecida por flacos, desvalidos y vencidos que huyen» (III, 5, pp. 48-49).

Amadís de Gaula es armado caballero en la que llama J.M. Cacho Blecua la tercera edad, que comienza a partir de los catorce años. Así mismo, sus hermanos, don Galaor y Florestán, son armados caballeros a una edad temprana. Son todos ellos jóvenes y fuertes.

Don Quijote en el momento que da en su locura de creer verdaderos los libros de caballerías «frisaba la edad [...] con los cincuenta años» (I, 1, p. 33).

3. «Al escudero que quiere la caballería le conviene conocer la gran carga de la caballería y los grandes peligros a que están expuestos los caballeros que quieren tomar y mantener» (III, 15, p. 52).

El rey Lisuarte, al conocer los deseos de Doncel del Mar por ser caballero, le previene sobre los peligros que trae consigo la caballería:

—¡Cómo Doncel del mar! ¿Ya os esforçais para mantener cavallería? Sabed que es ligero de aver y grave de mantener.⁹

9. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* (ed. de J.M. Cacho Blecua), 2 vols., Madrid, Cátedra, 1987, p. 270.

Don Quijote también recibe las enseñanzas del ventero-castellano. Pero en vez de prevenirle acerca de los grandes peligros que este oficio encierra, le recomienda llevar dineros y camisas limpias y una pequeña arqueta «llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase» (I, 3, p. 50).

4. «La caballería no puede ser mantenida sin el arnés que es propio del caballero [...], y por eso, escudero sin armas y que no posea la suficiente riqueza como para poder mantener caballería no debe ser caballero» (III, 16, p. 52).

Como ya hemos visto, don Quijote es pobre, por lo que no está capacitado para recibir la Orden de Caballería, como bien dice su sobrina en la II Parte.

5. «Hombre contrahecho o demasiado gordo, o que tenga otro defecto en su cuerpo [...] no debe entrar en la Orden de Caballería» (III, 17, p. 52).

Si antes hemos visto cómo el ventero-castellano no es digno de la Orden de Caballería, ya que no la ha honrado en su juventud, por lo que tampoco es digno de armar caballero a don Quijote, ahora tenemos otro argumento en su contra, ya que Cervantes nos lo describe como «gordo y apacible».

Don Quijote no cumple ni uno de los requisitos necesarios para ser armado caballero. Vistos estos preliminares, veamos cómo parodia Cervantes el rito de investidura.¹⁰

Según las Leyes XIII-XIV del Título II de la segunda *Partida* de Alfonso X, el rito de investidura de un caballero sería el siguiente:¹¹

1. El escudero, el día antes desde el mediodía, debe tener vigilia; debe lavarse y vestirse con sus mejores ropas y velar en la iglesia, haciendo oración, sin ser molestado por nadie.

2. Venido el día, oiga misa, y ruegue a Dios que le guíe en su nuevo oficio.

3. El escudero, armado de todas armas menos la cabeza, que tenga descubierta, protesta ante el que ha de armar, que quiere recibir orden de caballería, y que la mantendrá como se debe mantener.

4. El caballero que le arma, o algún otro, le debe calzar las espuelas, y luego ceñirle la espada.

5. El caballero novel sacaba la espada y con ella en la mano derecha juraba morir, si menester fuera, por su ley, por su señor natural y por su tierra.

6. El que lo arma le da una pescozada, porque no se olvide de su juramento, y le besaba en señal de paz y de hermandad, que debe ser guardada entre los caballeros.

10. Seguramente el rito de investidura del Quijote tiene su modelo inmediato en el de Amadís; ambos comienzan con la petición de un don (en un caso, es Oriana quien le pide al rey Perión que arme caballero al Doncel del Mar, y en el otro, es el propio don Quijote quien pide al ventero que le arme caballero), y la ceremonia se realiza rápidamente, porque el rey Perión ha de partir o por la aventura con los arrieros, etc.

11. Alfonso X El Sabio, *Las Siete Partidas* (ed. de la Real Academia de la Historia), t. II, Madrid, 1972, pp. 207-209.

Ramón Llull, en la IV Parte de su libro («Que enseña la manera según la cual un escudero debe recibir la orden de caballería»), especifica las partes en las que se divide este rito:

1. «El escudero debe ayunar la víspera de la fiesta en honor al santo cuya fiesta se celebra. Y debe ir a la Iglesia a rogar a Dios la noche de antes del día en que ha de ser caballero, y debe velar, y estar en oración y en contemplación, y oír palabras de Dios y la Orden de Caballería» (IV, 3, pp. 57-58).

La solemnidad de este acto parece desaparecer en el momento en que la capilla se transforma en un patio de la venta. El ventero, buen conocedor de los libros de caballerías, cambia de una forma cómica los elementos solemnes de este rito; cambios que acepta siempre el propio don Quijote:

Dijo también que en aquel su castillo no había capilla alguna desde donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo [I, 3, p. 49].

Don Quijote coloca sus armas sobre una pila que estaba junto a un pozo, y se dispone a velarlas solemnemente,

[...] embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila [I, 3, p. 51].

El caballero, durante toda la noche, debe pensar en la Orden de Caballería sin ser interrumpido por nadie. Un arriero dice dar agua a su «recua», por lo que quita las armas de don Quijote de la pila. Éste, viendo la afrenta, le da tal golpe en la cabeza con la lanza que le deja en el suelo medio muerto. Sus compañeros, al ver a éste en el suelo, «llueven» piedras sobre don Quijote, sin hacer caso a los gritos del ventero que les advierte que está loco. Después de esta primera «aventura», nuestro caballero sigue velando las armas «con la misma quietud y sosiego que primero», pero el ventero decide abreviar para que no suceda otra desgracia.

2. «Al día siguiente conviene que se cante misa solemnemente; y el escudero debe ir ante el altar y ofrecerse al sacerdote, que está en lugar de Dios, y a la Orden de Caballería, para ser servidor de Dios [...]. Aquel día conviene que haya sermón, en el cual se expliquen los catorce artículos en que está fundada la fe, y los diez mandamientos, y los siete sacramentos de la santa Iglesia, y las demás cosas que atañen a la fe» (IV, 4, p. 58).

Al no haber ni capilla ni sacerdote, la misa no se pronuncia. El misal se transforma en «un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros» (I, 3, p. 53), que más adelante Cervantes llamará *MANUAL*, y en donde el ventero parece que lee «una devota oración».

3. «[...] el caballero le debe ceñir la espada, para significar castidad y justicia, y para significar la caridad debe besar al escudero, y darle una bofetada para que se acuerde de lo que promete y de la gran carga a que se obliga y del gran honor que recibe por la Orden de Caballería» (IV, 11, p. 61).

En el Quijote se simplifica este ceremonial:

[...] que todo el toque de quedar armado consistía en la pescozada y en el espaldarazo [I, 3, p. 53].

Normalmente, en los libros de caballerías, a continuación, algunas damas presentes (por lo general, reinas o princesas) le calzaban las espuelas o le ceñían la espada, como sucede en el *Lisuarte de Grecia*. Oriana, la Infanta Brisena o la emperatriz de Roma se transforman en doña Tolosa, hija de un remendón natural de Toledo, y doña Molinera, hija de un honrado molinero de Antequera. El rito de investidura no puede ser más grotesco.

4. «Luego que el caballero espiritual y el caballero terrenal han cumplido con su oficio de armar nuevo caballero, el caballero nuevo debe cabalgar y debe mostrarse a la gente para que todos sepan que él es caballero y que se ha obligado a mantener y defender la Orden de Caballería» (IV, 12, p. 61).

Como sucede en el *Amadís de Gaula*, nada más ser armado caballero, don Quijote parte de la venta en busca de aventuras. Es la persona más feliz del mundo:

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo [I, 4, p. 55].

Don Quijote, según el ritual de la Orden de Caballería,¹² no es un caballero andante por haber recibido la caballería por «escarnio». Es, como hemos visto, pobre, viejo, sin una instrucción apropiada a tal alto honor y no cumple ninguno de los requisitos que un escudero debe poseer para ser armado caballero, ni ha sido armado en esta cómica ceremonia.

Don Quijote, a lo largo de la obra, no es un verdadero caballero andante, ya que no cumple los requisitos externos y físicos de la Orden de Caballería, y ha sido armado caballero, con escarnio; pero, desde su punto de vista, es un caballero andante, y mantiene el espíritu de la Orden de Caballería:

Oficio de caballero es mantener viudas, huérfanos, hombres desvalidos, pues así como es costumbre y razón que los mayores ayuden y defiendan a los menores, así es costumbre de la Orden de Caballería que, por ser grande y honrado y poderoso, acuda en socorro y en ayuda de aquéllos que le son inferiores en honra y en fuerza [II, 19, pp. 36-37].

Concretando, don Quijote es un verdadero caballero andante; será el mundo que le rodea, aquél al que se lanza en busca de aventuras, el que no sea caballeresco. En este enfrentamiento, en esta posición, es donde se desarrolla la parodia de los libros de caballerías de la que hablaba al principio de este trabajo.

12. Según la Ley XII del Título XXI de la Segunda *Partida* de Alfonso X: «Et non debe seer caballero el que una vegada hobiesse resecebido caballería por escarnio: et esto podrie seer en tres maneras; la primera quando el quel feciese caballero non hobiese poder de lo facer; la segunda quando el que la resecbiere non fuese home para ello por algunas de las razones que diximos [se ha dicho antes que no puede ser caballero “el que es loco” o “el hombre muy pobre”], y la tercera quando alguno que hobiese derecho de seer caballero resecbiese á sabiendas por escarnio: ca maguer aquel que gela diese hobiese poder de lo facer, non lo podrie seer el que asi la resecbiere porque la resecbió como non debiera» (Alfonso X El Sabio, *Las Siete Partidas*, t. II, ed. cit., p. 206).